

El mensaje a Filadelfia

Apocalipsis 3:7-13

Raymond K. CAMPBELL

biblicom.org

Índice

1 - Introducción	3
2 - El período filadelfio	4
3 - El amor fraternal como base	5
4 - Cómo se presenta Cristo	7
5 - La aprobación	11
5.1 - Tienes poca fuerza	12
5.2 - Has guardado mi palabra	13
5.3 - No has negado mi nombre	14
5.4 - La paciencia de Cristo	15
6 - La promesa de Cristo	17
7 - «Vengo pronto»: La venida de Cristo	19
8 - La exhortación de Cristo a mantenerse firme	20
9 - La recompensa de Cristo: Promesas al vencedor	22
10 - El llamado a escuchar	25

1 - Introducción

Venimos ahora a esta maravillosa asamblea en Filadelfia, a la que el Señor podría dirigir tales palabras de aprobación. Para la asamblea en Sardis el Señor no encontraba prácticamente nada que aprobar; para la asamblea en Filadelfia no había nada que reprender. En el mensaje a Sardis no encontramos palabras de aprobación a la asamblea en su conjunto; en el mensaje a Filadelfia no encontramos ni reprimenda ni culpa, sino palabras de gran consuelo y aliento porque, a pesar de la gran debilidad, todo era agradable a los ojos y al corazón del Señor.

En Sardis, había la frialdad de la muerte espiritual, pero en Filadelfia había el calor ferviente y el ardor de la devoción a Cristo. Cristo mismo es todo el ardor y la belleza en esta asamblea, porque él era todo para ellos. Sardis tenía un nombre de vivir, y estaba ocupada con su reputación en el mundo y de su lugar entre los hombres. Filadelfia no dice nada sobre sí misma, sino que busca mantener su palabra y honrar Su nombre. Por lo tanto, el Señor habla por ella y alaba todo lo que fue tan agradable para su corazón. Todo lo que hay que alabar en Filadelfia está relacionado con Cristo.

El nombre Filadelfia significa «amor fraternal». Esto nos da la clave de los bellos rasgos y características de esta asamblea. El amor divino era conocido y manifestado. Hablaremos de esto más tarde.

El Señor dispuso que en el momento en que se le dio al apóstol Juan escribir estas cartas a las siete asambleas en Asia, había en efecto, en la ciudad de Filadelfia, una asamblea en ese buen estado espiritual del que Cristo habla con divino deleite. Este buen estado de cosas en la asamblea en Filadelfia era profético de un período de renovación en la historia de la iglesia profesa cuando el Señor encontró un residuo con la plena verdad del Evangelio y de la Asamblea de Dios, y hubo un retorno a las características espirituales originales de la Asamblea. Esto representa un vasto y bien definido movimiento en la historia de la Asamblea que ha sido caracterizado por la adecuación moral en relación con Cristo en lugar de la posición eclesiástica. Este es el aspecto profético del mensaje a Filadelfia.

Al considerar la asamblea en Filadelfia desde un punto de vista práctico, observemos lo que es aprobado por el Señor, y observemos los rasgos que alegran su corazón y merecen su aprobación. La asamblea en Filadelfia es un maravilloso ejemplo de dedicación y fidelidad a Cristo para los cristianos de todos los tiempos y en todas las épocas. Sus hermosos rasgos, presentados con tan feliz aprobación del Señor, deberían siempre hacer reflexionar a los cristianos. Esta asamblea representa un estado

moral que de manera notable está de acuerdo con Cristo y merece su aprobación. No presenta una mera posición eclesiástica, que marcaría a una asamblea como filadelfiana, sino que nos muestra los rasgos morales de la piedad y de la obediencia consagradas a su palabra, etc., que causan el reconocimiento y la alabanza del Señor.

Todo esto debería ejercitar a cada creyente individualmente para que podamos medir, al menos en cierta medida, lo que caracteriza a la asamblea en Filadelfia. Necesitamos probarnos respecto a estos hermosos rasgos morales presentados aquí, y preguntarnos: ¿Somos de los que guardan la palabra de Cristo y no niegan su nombre, y también guardan la palabra de su paciencia? Deberíamos esforzarnos por ser vencedores filadelfios, incluso en este período de indiferencia y autosatisfacción laodiceana.

2 - El período filadelfio

Dado que estas siete asambleas en Asia tienen su contraparte en sucesivas épocas o períodos de la historia del cristianismo, creemos que el período de Filadelfia tuvo su cumplimiento profético en el período del despertar de los siglos 18 y 19. Después de la época del formalismo frío y sin vida que parecía instalarse sobre todo el cristianismo protestante (presentado en la condición de Sardis), Dios comienza a trabajar de nuevo con gran poder. Hubo grandes despertares en todo el norte de Europa y de las islas británicas. Más tarde, el mismo poder de Dios trabajó en América. Hombres de Dios llenos del Espíritu fueron de un lugar a otro llamando a los pecadores a arrepentirse y a los santos a despertar de su letargo. Encontrando las iglesias cerradas para ellos, hombres como Wesley y G. Whitefield, predicaron al aire libre a audiencias de 10.000 a 20.000 personas; en Inglaterra y en América llevaron a miles a Cristo durante el siglo 18, sacándolos de la oscuridad moral.

En la primera parte del siglo 19, el Espíritu de Dios trabajó de manera especial, y muchos creyentes fueron despertados a un sentimiento más profundo del valor y de la suficiencia de las Escrituras para dirigirlos plenamente en todas las fases de la vida. Como se reunían en muchos lugares con sencillez para estudiar la palabra de Dios en dependencia del Espíritu Santo para enseñarla, descubrieron que Cristo mismo es el centro de reunión de su pueblo ([Mat. 18:20](#); [Sal. 50:5](#)), y que solo hay un Cuerpo de verdaderos creyentes en Cristo. Estos sinceros buscadores encontraron, en el poder del Espíritu Santo, no solo el evangelio puro en su plenitud, sino las preciosas verdades del verdadero carácter, del llamado celestial y de la esperanza de

la Asamblea de Dios, del lugar y de la obra del Espíritu Santo en la Iglesia (Asamblea) como el verdadero vicario de Cristo, y la venida del Señor como Esposo de su esposa, la Iglesia, antes de su manifestación pública como Rey de reyes y Señor de señores.

El Espíritu Santo sacó a la luz de nuevo las verdades benditas que se encuentran en las epístolas del apóstol Pablo, que presentan los rasgos característicos del cristianismo y de la Asamblea del Dios vivo. Estas verdades se habían perdido de vista y eran desconocidas para la iglesia desde los días de los apóstoles, pero ahora fueron reencontradas en este poderoso movimiento del Espíritu de Dios y a ponerlas en práctica, y las multitudes se beneficiaron.

En obediencia a la palabra de Dios, miles dejaron todos los sistemas humanos y las denominaciones de los hombres, y comenzaron a reunirse en toda simplicidad alrededor de la persona de Cristo solamente, como miembros de su Cuerpo, y en dependencia del Espíritu de Dios para guiarlos y enseñarlos por quien él quisiera. Esta obra del Espíritu se extendió a muchos países y partes del mundo.

Estos creyentes no eran más que un pequeño remanente en medio de la masa de la cristiandad, pero disfrutaban de la presencia del Señor, de su poder y de su bendición, realizando y manifestando las características de Filadelfia. No pretendemos que este movimiento por sí solo represente a Filadelfia, sino que las condiciones de Filadelfia se realizaron en los primeros días de esta vuelta a la realidad, donde se encontraron las características espirituales de la iglesia apostólica. Junto con las características anteriores, un enérgico espíritu misionero se manifestó para ir al mundo con el glorioso evangelio de Cristo y las verdades benditas de su Asamblea y de Su regreso.

3 - El amor fraternal como base

Ya hemos dicho que Filadelfia significa «amor fraternal», y esto nos da una clave de los caracteres espirituales de este período. Creemos que lo que implica la palabra «amor fraternal» constituyó la base de la comunión que encontró su expresión en los creyentes en el período de Filadelfia y caracterizó todo lo que siguió. El amor divino en todos sus aspectos es un amor santo e intolerante del mal. Dios es amor, por lo tanto, el amor fraternal debe participar en la naturaleza de su fuente, que es Dios mismo. Dios también es luz, por lo tanto, el amor que viene de Dios se caracterizará por la obediencia y la separación de la iniquidad. «En esto sabemos que

amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos» (1 Juan 5:2). Así que como estos creyentes actuaban de acuerdo a la palabra de Dios y manifestaban el verdadero amor hacia Dios a través de la obediencia a sus mandamientos, se encontraban unidos por los lazos del amor fraternal.

Recordamos las palabras del Señor en Mateo 12:47-50. Cuando alguien se acercó a él y le dijo: «Mira que tu madre y tus hermanos están fuera, y quieren hablar contigo», su respuesta fue: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He ahí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que cumpla la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre». Esta es la verdadera hermandad en Cristo en la que se puede disfrutar del amor fraternal divino. Los que son discípulos del Señor y hacen la voluntad del Padre son manifestados como hermanos en Cristo y revelados como miembros de su Cuerpo, que es «la asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos» (Hebr. 12:23; Efe. 1:22-23).

En el período de Filadelfia, hubo un retorno a la verdadera base de la comunión según la Escritura. Los creyentes descubrían en la Biblia que los que son verdaderamente salvos por la fe viva en Cristo, y que manifiestan la realidad de la misma por el fruto del Espíritu en su vida y su conducta (aunque sea en la imperfección y la debilidad), son miembros del Cuerpo de Cristo y hermanos en el Señor a quienes debemos reconocer y amar. Veían por las Escrituras que esta era la base divina y el fundamento divino de la comunión cristiana práctica. Veían que pertenecer a denominaciones de hombres era contrario a la Escritura y una negación práctica de la gran verdad bíblica de que los cristianos son todos miembros del único Cuerpo de Cristo.

En el sistema de Tiatira, donde los males del paganismo y las formas del judaísmo se combinaban bajo un manto de cristianismo, se recibía a la gente que se sometía a sus dogmas. En las iglesias estatales y nacionales de la condición de Sardis del protestantismo, los individuos eran, y son, inscritos sobre la base de la profesión de fe en los credos y catecismos nacionales. Así, los salvados y los no salvados, los verdaderos cristianos y los simples profesos, estaban mezclados en lo que era una profesión muerta. Esta era la base de la pertenencia y de la comunión en estos sistemas de hombres. Pero en Filadelfia, tenemos un retorno a la base bíblica de la comunión en el Señor como hermanos en Cristo en la comunión del Espíritu Santo.

4 - Cómo se presenta Cristo

«Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre» (3:7). El Señor se presenta a esta asamblea en Filadelfia de una manera completamente diferente a la que se presenta a todas las demás asambleas de Asia. A Éfeso, viene como el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y camina en medio de las siete lámparas de oro; en Esmirna, habla como «el primero y el último, el que murió y ha vuelto a vivir»; a Pérgamo, aparece como «el que tiene la espada aguda de dos filos»; a Tiatira, habla como «el Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llama de fuego, y los pies semejantes al bronce bruñido»; y a Sardis, aparece como «el que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas». En estas presentaciones, es lo que el Señor **tiene** que se destaca, pero en su presentación a Filadelfia, es lo que él **es** en su propia persona bendita que está por delante y prominente: «el Santo, el Verdadero». Lo que es en sí mismo es siempre más grande y más precioso que lo que tiene.

Así, al principio de este tierno mensaje a Filadelfia, tenemos a la maravillosa persona de Cristo puesta ante nosotros. Notemos que todo el mensaje está centrado en Cristo, y destacaremos diez cosas en relación con él. Tenemos aquí la primera, **la persona de Cristo**, lo que él es intrínseca y esencialmente en su gloriosa persona. El Señor podía presentarse de esta manera íntima y personal a la asamblea en Filadelfia porque había un aprecio de sí mismo en la asamblea y había lo que era moralmente apropiado para su santidad.

Los diez aspectos de este mensaje a Filadelfia siguen a continuación:

1. La persona de Cristo.
2. El poder de Cristo.
3. El consuelo de Cristo.
4. La palabra de Cristo.
5. El nombre de Cristo.
6. La paciencia de Cristo.
7. La promesa de Cristo.
8. La venida de Cristo.
9. La exhortación de Cristo.

10. La recompensa de Cristo.

En el período de la historia del cristianismo que concierne proféticamente a Filadelfia, ha habido un retorno a Cristo y a su palabra, no solo a su palabra, sino a Cristo mismo como el centro de todo. Por lo tanto, encontramos que había una apreciación y un conocimiento más profundo de la persona del Señor Jesucristo en esta época que tal vez desde los días de los apóstoles. Solo necesitamos leer un poco del maravilloso ministerio que el Espíritu de Dios dio a este período del siglo 19, que se ha conservado en forma impresa, para ver el espíritu de apreciación profunda, respetuosa y sentida en el corazón de la adorable persona de Cristo, y la maravillosa revelación de sí mismo que el Espíritu de Dios dio a estos creyentes de Filadelfia. Podemos mencionar aquí dos libros notables, escritos durante este período, y aún disponibles hoy en día, que dan una presentación única y exquisita de la maravillosa persona de Cristo, y que son un ejemplo sorprendente de cómo Cristo mismo se reveló a estos creyentes separados. Son “La gloria moral de nuestro Señor Jesucristo” y “El Hijo de Dios” de J.G. Bellett (1795-1864).

La más alta y más importante verdad de la Escritura es la de la persona de Jesucristo. Es el fundamento de toda la verdad y es el más alto ministerio de la palabra de Dios. Los creyentes del período de Filadelfia apreciaban a Cristo y su Palabra, y se separaron de todo lo que era contrario a su voluntad y se reunían en torno a su persona bendita. En respuesta a esta obediencia y a esta devoción a él, Cristo les reveló de esta manera especial lo que él es personal e intrínsecamente. ¡Qué maravillosa recompensa!

¿Dónde hay tal apreciación de Cristo como el santo y el verdadero hoy en día? Que pueda encontrarse en el corazón del autor y de cada lector de estas líneas. El Señor quiere nuestros corazones, así que se presenta personalmente para despertar y atraer nuestros afectos hacia su persona. Solo así podremos ser unos testigos adecuados para él en un tiempo de ruina, pues cuando vemos al Señor, y lo que él es personalmente delante de nuestras almas, existe la fuerza para servirle con alegría y responder a su carácter santo.

En **Oseas 11:9** leemos: «el Santo en medio de ti», y en **1 Juan 2:20** se nos dice que tenemos «la unción del Santo». Se le dijo a María: «La santa Criatura que nacerá, será llamada Hijo de Dios» (**Lucas 1:35**). En **1 Juan 5:20** leemos que él es el «verdadero» y que «es el verdadero Dios». El Señor Jesucristo es la encarnación en su persona de la santidad y de la verdad, pero más que eso, tiene la gloria moral de ser el santo y el verdadero. Estas palabras son realmente títulos divinos de Cristo, y no solo atri-

butos divinos. Ninguna criatura puede reivindicar esta gloria moral esencial. ¡Qué persona gloriosa para comprometer los afectos de nuestros corazones!

Pero solo podemos apreciar y disfrutar de lo inefable Santo y Verdadero cuando hay una separación del mal y un camino en la santidad y la verdad. Un principio divino nos es presentado en las palabras de [Isaías 1:16-17](#): «Dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien». No podemos aprender del Señor si permanecemos en lo que sabemos que es falso y malo según la Palabra de Dios y nuestra propia conciencia. «Por lo cual, salid de en medio de ellos y separaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmunda, y yo os recibiré, y seré vuestro padre» ([2 Cor. 6:17-18a](#)). Los amados santos de Dios del período de Filadelfia se separaron de lo que encontraron que no estaba de acuerdo con las Escrituras, y les costó mucho, con mucho dolor también para ellos mismos; se separaron porque apreciaban la Palabra de Dios y la persona de Cristo y buscaban complacerlo. Así, dejaron de hacer el mal y aprendieron más de Cristo y de su santidad. Todo creyente debe hacerlo si quiere conocer mejor al Señor. Cuando hay tal conducta, el Señor es libre de revelarse a aquellos que son así obedientes, y cuando se camina con él, se toma el carácter de Cristo y somos formados por él en la santidad y la verdad.

Cristo es el verdadero, «el testigo fiel y verdadero» (3:14). Alguien más escribió: “De cualquier manera que se presente, siendo, haciendo o diciendo, hacia Dios o hacia al hombre, él es eso en el sentido más completo y auténtico. Él es la verdadera luz, el verdadero pan, la verdadera vid, el verdadero Dios, el verdadero testigo”. Podemos descansar en el Señor y depender completamente de él. Filadelfia dependía de él como su único hogar y apoyo, e hicieron la experiencia de que él era el fiel y el verdadero. También será lo mismo para cualquiera que confíe completamente en él.

«El que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre» (3:7b). Hemos visto lo que el Señor **es**; ahora llegamos a lo que **tiene**. En estos dos pensamientos, lo que el Señor es y lo que tiene, tenemos dos temas maravillosos que proveen mucho para ocupar nuestros corazones. El autor de un himno lo expresó bellamente de la siguiente manera:

“Todo lo que has hecho y todo lo que eres / es ahora parte de mi corazón”,

y

“Todo lo que tienes, lo tienes para mí. / Todas mis nuevas fuentes están escondidas en ti”.

Por lo tanto, el Señor sigue presentándose como el que tiene la llave de David, que

abre y cierra, y nadie puede cerrar lo que él ha abierto, o abrir lo que él ha cerrado. Aquí tenemos **el poder de Cristo**, nuestro *segundo punto* en la serie. La llave de David habla del poder de administración y de gobierno. Todas las cosas están en su mano; Cristo tiene la llave para todo. Toda la autoridad le es dada en el cielo y en la tierra ([Mat. 28:18](#)) y está disponible para aquellos que dependen enteramente de Jesús el Señor. Qué aliento se encuentra en esta presentación del Señor para el débil remanente de Filadelfia, y también para todos aquellos que confían plenamente en él para todo en todos los tiempos.

La asamblea aquí tenía poca fuerza, pero su confianza estaba en el Señor, y él anima sus corazones confiados presentándose a ellos como aquel que tiene la llave del gobierno y de toda la administración, y como el amo de cada situación. La asamblea del período de Sardis se confiaba en los gobiernos y en los poderes seculares en busca de protección y ayuda, pero el débil remanente del período de Filadelfia miraba al Señor para la fuerza, la ayuda y las puertas abiertas, y él respondió a su fe de esta manera gozosa. Al no tener ninguna influencia o apoyo humano, ni ninguna organización humana para promover el éxito, contaban solo con el Señor, y él se manifestó a ellos como aquel que tiene la llave de todos los tesoros y puede abrir todas las puertas, o cerrarlas, y actuar en todas las cosas finales.

En la llave de David, hay una alusión a [Isaías 22:20-24](#) donde, bajo la figura de Sebná y Eliaquim, se presenta el rechazo por Dios del hombre según la carne, y el hecho de que Dios hace depender de Cristo toda la gloria de la Casa del Padre. «Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá. Y lo hincaré como clavo en lugar firme; y será por asiento de honra a la casa de su padre. Colgarán de él toda la honra de la casa de su padre».

Esto implica la autoridad administrativa en relación con la realeza en Judá en el día por venir, cuando Cristo vendrá en su gloria mesiánica y será establecido como un clavo en un lugar seguro que sostendrá toda la gloria y los vasos ([Is. 22:24](#)) de la casa de su Padre. Tiene completa soberanía y el derecho indiscutible de entrar y ejercer toda la autoridad necesaria. Sin embargo, todavía no ejerce este poder en el gobierno del mundo, pero habiendo sido exaltado en el cielo como Señor y Cristo ([Hec. 2:33-36](#)), ahora usa su señorío en favor de los débiles creyentes que confían en él, y elimina los obstáculos de su camino. Él es, en efecto, «como clavo en lugar seguro» ([Is. 22:23, 25](#)), en quien podemos apoyarnos plenamente y, por así decirlo, suspender toda nuestra confianza.

Ya que estamos en el tema de Cristo y de la llave, me gustaría añadir que Cristo es

también la llave de todas las Escrituras. Tal vez podamos decir que él es «la llave del conocimiento» (Lucas 11:52).

Verlo como tema y centro de toda la Biblia es la llave que nos abre sus tesoros, especialmente el Antiguo Testamento. Los creyentes del período de Filadelfia descubrieron esto y las Escrituras les fueron maravillosamente reveladas.

5 - La aprobación

«Conozco tus obras. Mira, he puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre» (3:8). ¡Qué consolador mensaje de aprobación del Señor para esta débil pero fiel asamblea de Filadelfia, y para el débil testimonio del remanente en el período profético que esta asamblea indica! Aquel cuyo ojo santo ve, conoce y evalúa todas las cosas con justicia, dice: «Conozco tus obras... he puesto delante de ti una puerta abierta». Las obras de obediencia a su Palabra y de fidelidad a su nombre eran tan agradables y deliciosas para el corazón de Cristo que abrió el camino a estos creyentes para avanzar directamente al servicio y al testimonio de él. Ponía ante ellos una puerta abierta que nadie podía cerrar. Aunque eran tan débiles que no podían empujar la puerta para abrirla, miraban al Señor en dependencia y obediencia a él, y les daba una puerta abierta de par en par que nadie podía cerrar.

La puerta estaba abierta en Filadelfia para el testimonio dado a Cristo y para todo lo que era para su gloria. El camino estaba abierto para separarse de todo lo que era contrario a su palabra y a su nombre, y para reunirse, con sencillez, solo a su nombre. El apóstol Pablo habló de una gran y eficaz puerta que se le abrió en Éfeso y también de una puerta que se le abrió en Troas para predicar el evangelio de Cristo (1 Cor. 16:9; 2 Cor. 2:12). De la misma manera, también hoy en día, él abre las puertas a los que obedecen a su Palabra y salen en dependencia y devoción a su nombre.

Una puerta abierta caracterizó el siglo 19 de manera especial. Dios dispuso todo, incluso los gobiernos, para que las autoridades otorgaran a los cristianos la mayor libertad para reunirse para el culto y el servicio. Grandes movimientos misioneros tuvieron lugar durante este período cuando los creyentes comprendían de nuevo la esperanza de la venida del Señor para su Asamblea y la inminencia de esa venida. Cristianos salieron a tierras lejanas a predicar el evangelio y «todo el consejo de Dios» (Hec. 20:27), confiando solo en el Señor para su sostenimiento, y se les

abrieron las puertas por todas partes.

Sin embargo, las puertas abiertas para el testimonio y las oportunidades de servicio no deberían ser nuestra principal preocupación. A veces los creyentes permanecen en lugares donde desobedecen los principios bíblicos porque piensan que tienen mayores oportunidades para el servicio y una esfera de actividad más amplia. Ellos se dicen que, si se separan de lo que saben ser falso, se verán restringidos en sus actividades y tendrán una estrecha esfera de servicio. Este razonamiento es falso y no bíblico. Nuestra principal preocupación debería ser que nuestro estatus personal y asociaciones sean tales que el Señor pueda aprobarlas y usarlos en el testimonio y el servicio. Si nos conducimos en obediencia a su voluntad revelada y a su Palabra, el Señor nos abrirá puertas para entrar y nos dará más oportunidades de servicio a él de las que podríamos disfrutar. La Palabra de Dios nos enseña que, si nos separamos de los vasos de deshonor, seremos vasos de honor, santificados, útiles al amo, preparados para toda buena obra (2 Tim. 2:20-21). El Señor quiere vasos puros y santificados que estén separados de lo que contamina y deshonra. Tales vasos son útiles para el uso del Maestro y están listos para toda buena obra.

Podríamos llamar a esta garantía del Señor, de poner una puerta abierta ante la asamblea de Filadelfia, **el consuelo de Cristo**, el *tercer punto* de nuestra serie. Seguramente, es un consuelo divino saber que él da puertas abiertas que nadie puede cerrar.

En la aprobación del Señor a Filadelfia, tres características mencionadas son motivo de alegría para su corazón:

- (a) «Tienes poca fuerza», o poder,
- (b) «has guardado mi palabra»,
- (c) «no has negado mi nombre».

5.1 - Tienes poca fuerza

No había ninguna reivindicación de gran poder o energía, como se manifestó en la Asamblea en los días de Pentecostés. Cuando pensamos en el período de Filadelfia, cuán apropiado era este carácter de «poca fuerza» cuando toda la iglesia profesa estaba en ruinas y los creyentes en Filadelfia eran solo un débil remanente en medio de las abominables condiciones de Tiatira y Sardis. Tener gran apariencia y reclamar gran poder sería una negación práctica de la ruina y de la corrupción de la cristian-

dad. La poca fuerza, la ausencia de apariencia y de reivindicaciones pretenciosas es lo que siempre debería caracterizar a los cristianos que buscan complacer al Señor en el actual estado caótico de la iglesia profesa. A los que caminan en obediencia y humildad se les concederá una medida de poder espiritual, que será manifestada en la medida en que se emplee para el Señor.

5.2 - Has guardado mi palabra

El segundo carácter, ***guardar la Palabra*** (*cuarto punto*) del Señor, es lo que realmente da fuerza y poder al alma. El apóstol Juan escribe: «Os escribí, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al malvado» (1 Juan 2:14b). La palabra de Dios en el corazón, como una fuerza que gobierna y controla la vida, es lo que hace fuerte a un cristiano. El Señor dijo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra» (Juan 14:23a). Nuestro amor por el Señor se manifiesta así a través de la obediencia.

Como otro ha escrito bien: “Guardar su palabra significa conservarla preciosamente en el corazón para que forme, gobierne y produzca obediencia. El término «palabra», además, es muy completo; incluye la suma y sustancia de todas las comunicaciones del Señor a los suyos. Cuando, por lo tanto, dice a Filadelfia: «Has guardado mi palabra», quiere decir que esta asamblea la apreciaba como su mayor tesoro, y que estaban colectiva e individualmente gobernados por ella, y le estaban sometidos; y que, por lo tanto, tenía su legítimo lugar de supremacía en sus corazones y en medio de ellos. ¡Qué feliz asamblea! ¡El Señor conceda que haya más disposición colectiva de corazón para ganar la misma bendición y aprobación!” (E. Dennett).

En este período de Filadelfia, los cristianos comenzaron a estar ejercitados para preguntar “¿qué dice la Escritura?”, en relación con todas las áreas de sus vidas, personal y colectivamente, sobre el orden y la comunión de la asamblea. Querían un «Así dice el Señor» [= Así dice Jehová] para todo lo que creían y practicaban; y todo lo que no tenía la sanción de la Palabra de Dios era abandonado como mera tradición y enseñanza del hombre sin autoridad divina. Así, actuaban según la Palabra de Cristo y la obedecían; a menudo esto les costó mucho, perdían distinciones sociales y civiles y abandonaban posiciones en la iglesia profesa y en el mundo. Tales acciones mostraban lo mucho que consideraban las Sagradas Escrituras y lo mucho que valoraban a Cristo y su Palabra. El Señor ve toda esta obediencia y esta devoción hechas con sacrificios, y su alta estima se expresa en esta cálida aprobación a Filadelfia, donde los creyentes de todos los tiempos pueden encontrar consuelo si

están en un caso similar.

5.3 - No has negado mi nombre

Habiendo examinado el *cuarto punto* del mensaje del Señor, que es **la palabra de Cristo** que Filadelfia apreciaba y guardaba, examinaremos ahora el *quinto punto*, **el nombre de Cristo** que él dice que no negaron. Un nombre es la expresión de lo que es una persona. Así, el nombre de Cristo expresa explícitamente lo que él es y quien él es. El nombre «Cristo» es la forma griega del hebreo «Mesías» y habla de él como el ungido de Dios que ha de ser un triple libertador: un profeta para sacar del error; un sacerdote para abrir el camino hacia Dios; un rey para gobernar para Dios. El maravilloso nombre de Jesús significa «Jehová es la salvación». «Lo llamarás Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat. 1:21). Así, su precioso nombre de Jesucristo es una notable declaración de la verdad de su persona, de su obra y de su autoridad, y este nombre ha sido confiado a los suyos para que lo guarden firmemente y lo sostengan en medio de un mundo que lo ha rechazado. Debemos confesar y no negar su hermoso nombre ante los hombres.

Confesar su nombre significa reconocer su divinidad absoluta, su perfecta humanidad, su salvación que trae a los suyos, y reconocerlo como nuestro Salvador, Maestro, Señor, Abogado, Sumo Sacerdote y Rey. La totalidad de la posición y de la conducta del creyente está relacionada con su maravilloso nombre. Nuestros pecados son perdonados por [debido a] su nombre (1 Juan 2:12); somos justificados en el nombre del Señor Jesús (1 Cor. 6:11); nuestras oraciones deben ser presentadas en su nombre (Juan 16:23); todo lo que decimos y hacemos debe ser hecho y dicho en el nombre del Señor (Col. 3:17); y nuestra reunión como cristianos debe ser solo a su nombre (Mat. 18:20; 1 Cor. 5:4). Nuestro Pastor nos guía por «sendas de justicia por amor a su nombre» (Sal. 23:3), de modo que, para no negar su nombre, debemos caminar en la santidad y la justicia. Creemos que lo anterior muestra algunos de los rasgos morales que se encontraron en Filadelfia, y que se incluían en las palabras de aprobación del Señor de que no habían negado su nombre.

El autor inspirado habla del «buen nombre invocado sobre vosotros» (Sant. 2:7), y Pedro habla de ser «vituperado por el nombre de Cristo» y de sufrir como cristiano (1 Pe. 4:14, 16). El nombre «cristiano» indica que pertenece a Cristo y es «digno de este nombre» con el que se llama a un creyente en Cristo. Los discípulos de Cristo debían complacerse en este nombre y rechazar todos los nombres que no fueran este bendito nombre de «cristiano», o nombres como «discípulos», «hermanos» y

«santos» que son utilizados por el Espíritu de Dios en las Escrituras en relación con todos los creyentes (*Hec. 9:10, 25; 11:1, 26, 29; 16:40; 20:7; 28:15; Efe.1:1*).

Para un cristiano, llamarse por uno de los muchos nombres actuales de sectas o denominaciones del hombre, es sectarismo, y la negación práctica del precioso nombre de Jesucristo como aquel a quien pertenece y a quien le debe todo. La Asamblea [Iglesia] es la esposa de Cristo, y él la ha llamado de Su nombre. Para ella, llamarse por cualquier otro nombre sería negar su maravilloso Nombre, como lo haría una mujer si tomara el nombre de alguien que no fuera su marido y se llamara a sí misma por ese nombre. Si los cristianos se reúnen a otros nombres distintos que el nombre bendito de Jesucristo y apoyan tales nombres, ciertamente niegan su incomparable nombre. Filadelfia reconoció el nombre de Jesucristo de todos modos; que nosotros también lo podamos hacer.

5.4 - La paciencia de Cristo

«Porque has guardado y perseverado en mi palabra, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre todo el mundo habitado, para probar a los que habitan sobre la tierra» (3:10). Aquí tenemos otro hermoso rasgo moral que el Señor podía alabar en la asamblea en Filadelfia. Habían mantenido la palabra de su paciencia. Esto nos lleva al *sexto punto* de nuestra serie, **la paciencia de Cristo**.

Apocalipsis 1:9 arroja algo de luz sobre el significado de perseverar «en mi palabra». Aquí, Juan habla de sí mismo como: «Yo Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación y reino y paciencia en Jesús». El Señor es el Rey legítimo, pero el único reino que tiene ahora es el reino en paciencia. Los judíos lo rechazaron y dijeron: «No queremos que este reine sobre nosotros»; «¡Sea crucificado!» (*Lucas 19:14; Mat. 27:22*). Así, el mundo le dio a Cristo la cruz del rechazo, pero el Padre lo resucitó de entre los muertos y lo exaltó en el cielo. La promesa que se le hizo, según el lenguaje profético de antaño en el *Salmo 110:1*, es: «Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». Y otra vez: «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (*Sal. 2:8*). El Señor espera pacientemente el momento en que el Padre pondrá a sus enemigos bajo sus pies y dará a su amado Hijo su herencia, su posesión, su reino y, sobre todo, su esposa celestial, la Asamblea [Iglesia]. Así que todo este período actual de gracia desde la cruz es el tiempo de la paciencia de Cristo, «... paciencia en Jesús» (*Apoc. 1:9*).

La asamblea en Filadelfia entraba en los pensamientos del Señor y estaba en comunión con él en que perseveró [o tuvo paciencia] en su palabra. Esperaron pacientemente con Cristo su regreso. No buscaban una posición en este mundo, porque Cristo su amado no tiene una aquí. Su Señor esperaba pacientemente el tiempo del Padre para el reino en poder y en gloria en la tierra, por lo que querían esperar con él en paciencia en medio del mal y las ambiciones y exaltaciones del hombre. Es un estado bendito del alma que agrada al Señor y merece su aprobación.

Que nosotros como creyentes hoy en día también podamos saber lo que es guardar la palabra de la paciencia de Cristo. Entonces seremos separados de este presente siglo malo y de todas las ambiciones del hombre religioso y esperaremos pacientemente la venida de nuestro Señor y Salvador para llevarnos a él, y luego reinar con él. Los santos así caracterizados no querrán reinar ahora donde Cristo es despreciado y rechazado. Dejan la política del mundo a los que están en él, y caminan como extranjeros y peregrinos en la tierra, esperando al Rey de reyes, y al Señor de señores, y su reino de justicia. Pablo escribe a los tesalonicenses: «

Que el Señor dirija vuestros corazones en el amor de Dios y en la paciencia de Cristo» (2 Tes. 3:5). Que realmente dejemos que el Espíritu de Dios guíe nuestros corazones en esta bendición.

Ya hemos hablado del redescubrimiento, durante este período de Filadelfia, de la bendita verdad de la venida del Señor para la Asamblea [Iglesia] antes de su aparición pública en la tierra como Juez y como Rey. Esta bendita esperanza se había perdido desde el período de Pérgamo cuando se pensaba que el reino de Cristo había llegado bajo la forma de imperio de Constantino porque miles de personas abrazaban abiertamente el cristianismo. Pero ahora el Señor, a través del Espíritu Santo, ha despertado de nuevo a los suyos para descubrir la esperanza de su venida en el aire para arrebatarse a sí mismo a su Asamblea redimida por su sangre y para llevar a su esposa a la casa del Padre (Juan 14:1-3; 1 Tes. 4:16-17). Como en la parábola de las diez vírgenes en Mateo 25:1-13, se escuchó el grito de medianoche en ese momento por el Espíritu Santo: «¡Ya viene el esposo! ¡Salid a su encuentro!» La asamblea de Cristo durmiente fue despertada y las lámparas fueron preparadas y los corazones de al menos un remanente salieron en espera del Señor, como el Esposo que viene. Como la asamblea primitiva en Tesalónica, esperaban al Hijo de Dios desde el cielo y tuvieron «la paciencia de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes. 1:3, 10). De una manera muy real, hubo una manifestación práctica de mantener la palabra y la paciencia de Cristo.

6 - La promesa de Cristo

Como estímulo e incentivo para perseverar en las luchas y conflictos de Filadelfia para guardar y perseverar en su palabra, el Señor les da a ellos y a su Iglesia la bendita **promesa** de ser custodiados «de la hora de la prueba que ha de venir sobre todo el mundo habitado». «Porque has guardado y perseverado en mi palabra, yo también te guardaré de la hora de la prueba» (3:10). Este es el *séptimo punto*.

La hora de la prueba que vendrá sobre toda la tierra habitada parece ser un período de pruebas y ensayos preliminares al tiempo de la «gran tribulación», de la que el Señor habla en [Mateo 24:21](#), un tiempo «como no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni jamás la habrá». Además de este período de gran tribulación, cuando los males, la miseria y la terrible maldad del hombre bajo Satanás alcancen su terrible apogeo, habrá problemas preliminares, llamados por el Señor «principio de dolores», cuando «se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá hambres, y terremotos en diversos lugares» ([Mat. 24:7-8](#)). Esta época estará marcada por una energía especial de Satanás y sus agentes del mal, preparando los corazones de los hombres para el gran punto culminante de la maldad cuando Satanás, la bestia y el anticristo serán adorados. Sin duda, los eventos de [Apocalipsis 6 al 10](#) tendrán lugar durante esta hora de prueba en toda la tierra habitada.

El propósito de esta hora de prueba está indicado en las palabras del Señor: «para probar a los que habitan sobre la tierra» ([Apoc. 3:10](#)). Aquí una clase especial es distinguida por la frase: «los que habitan sobre la tierra». Esta expresión se encuentra diez veces en el Apocalipsis y designa a los que se caracterizan moralmente por haber elegido expresamente la tierra en lugar del cielo, los que se han establecido en la tierra y tienen sus pensamientos, afectos y deseos confinados a este mundo presente (véase [Apoc. 6:10; 11:10; 13:8; 14:6; 17:8](#)). Sin duda, esta clase de personas tiene su origen en aquellos de los que habla el apóstol Pablo en [Filipenses 3:18-19](#): «Porque muchos andan, de quienes muchas veces os decía, y ahora incluso llorando lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo final es la perdición, cuyo dios es el vientre, y la gloria de ellos es en su vergüenza; los cuales piensan en lo terrenal». Son un pueblo religioso con una conducta que profesa el cristianismo, pero en realidad son enemigos de la cruz de Cristo. Habiendo rechazado el testimonio de Dios en el evangelio de Cristo, se preocupan por las cosas de la tierra y se convierten en habitantes de la tierra. El Señor probará toda esta profesión vacía de cristianismo en esta hora de prueba, y parecería, según [Apocalipsis 14:6-7](#), que incluso la verdad de Dios como Creador de todas las cosas será abandonada por la

cristiandad apóstata en ese tiempo.

Ahora, la bendita promesa a los que guardan la palabra de la paciencia de Cristo y esperan su venida es que serán guardados fuera de esta terrible hora de prueba y de la gran tribulación que va a seguir. El Señor vendrá por su verdadera Iglesia antes del comienzo de esta terrible hora y así los liberará de sus penas y horrores. No leemos que la verdadera Iglesia estará en la tierra después de [Apocalipsis 3](#). Al principio del capítulo 4, se abre una puerta en el cielo y se le dice al apóstol Juan que suba allí. El arrebató de la Iglesia está sin duda aquí, cronológicamente hablando, en el Apocalipsis, y luego seguirá la hora de la prueba y de la gran tribulación.

El Señor no promete a Filadelfia que los guardará *a través* de esta hora de prueba, sino que los guardará *fuera* de ella. Esta es la preciosa esperanza de la Asamblea. Creyendo en la promesa alentadora del Señor, no esperamos pasar, ni siquiera parcialmente, la hora de la prueba y la gran tribulación, sino que esperamos antes su venida para tomarnos con él en la Casa del Padre. «Dios no nos ha destinado para la ira, sino para obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» ([1 Tes. 5:9](#)). El tiempo de la tribulación será el momento en que su ira se derramará sobre la cristiandad apóstata. A los verdaderos creyentes no les afecta esto, sino que lo son por la obtención de la salvación completa en Cristo, que será nuestra parte en su venida y la liberación de la presencia del pecado en este mundo. No esperamos la aparición del Anticristo, sino la llegada de Cristo, nuestro Esposo.

«He aquí, entrego a algunos de la sinagoga de Satanás, de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; y los haré venir y postrarse ante tus pies, para que sepan que yo te he amado» ([3:9](#)). Recientemente estuvimos considerando el versículo 10 donde tenemos una de las características loables de Filadelfia y la promesa del Señor de guardarlos de la hora de la prueba. En este versículo 9, tenemos otra de las promesas del Señor a esta fiel asamblea. Se insinúa aquí que algunos se oponían a estos fieles creyentes que buscaban honrar al Señor y obedecer su Palabra. Estos oponentes afirmaban ser judíos y no lo eran; habían tomado el terreno judío en sus órdenes sacerdotales, túnicas, ritos, ceremonias y edificios sagrados, y pretendían eclesiásticamente ser una sucesión de la religión establecida por Dios. En su orgullo y pretensiones religiosas rechazaron y despreciaron la Asamblea unida al Señor, pero Cristo promete aquí que manifestará a sus adversarios lo mucho que la amaba. Los haría venir y postrarse a sus pies, y sabrían que aquellos que despreciaban y difamaban eran objeto del amor y del afecto del Señor.

Así es como el Señor consuela a los suyos que son verdaderos de corazón y están

afligidos. En el día que será manifestado en gloria, todo cambiará. Aquellos que ahora son despreciados y ridiculizados a causa de Cristo serán exaltados, y aquellos que se han exaltado con reivindicaciones y pretensiones serán entonces menospreciados y obligados a reconocer a los verdaderos creyentes que honraban al Señor y a su palabra en los días de su rechazo. El Señor siempre, en su tiempo, justificará a aquellos cuyos corazones estén decididos a complacerle.

El lector recordará que en la asamblea en Esmirna encontramos una clase similar a los que el Señor está hablando aquí en relación con Filadelfia. Allí habló de «la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás» (2:9). Realmente son del mismo carácter que los que tenemos aquí en Filadelfia. En nuestras meditaciones sobre Esmirna, hemos discutido en detalle de esta clase de pretendidos religiosos, que se apoyan en una autoridad derivada de tradición y ordenanzas hechas por el hombre, y remitimos al lector a las observaciones hechas anteriormente. Este sistema de pretensiones religiosas terrenas se desarrolló primero en el período de persecución pagana de Esmirna, y ahora que el Espíritu de Dios operaba un redescubrimiento de los primeros principios de la Asamblea y un retorno a la Palabra de Dios en el período de Filadelfia, este sistema resurgía como la falsificación del enemigo, el verdadero antagonista del testimonio del Señor. Filadelfia luchaba contra este sistema y el Señor la llamó la «sinagoga de Satanás», que está moralmente bajo el poder de Satanás.

También se puede observar que este partido de iglesia, basado en la tradición o en un orden de sucesión y una posición de supuesta superioridad eclesiástica, está presente y activo hoy en día como la falsificación de Satanás y el antagonista de los *verdaderos creyentes* del Señor. Así, las palabras de aliento del Salvador a Filadelfia son palabras reconfortantes e importantes para nosotros también.

7 - «Vengo pronto»: La venida de Cristo

Después de alabar a Filadelfia por todo lo que agradaba a su corazón y darles las benditas promesas que hemos considerado, el Señor todavía anima a sus fieles en sus luchas y conflictos con esas benditas palabras sobre su próxima [o: pronta] venida por ellos. «Vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona» (3:11). Conoce y ve el estrés de la lucha y las dificultades de los suyos para guardar su Palabra y no negar su nombre. Viendo todo esto, quiere animar a sus fieles en la continuación de la lucha con la perspectiva de su próxima venida. Es como si uno

viera a una persona aferrarse desesperadamente a una rama sobre un precipicio y se le gritara: “¡Aguantá, ya voy!” Viene para salvarnos de todo lo que nos prueba y aflige aquí y a llevarnos con él a la Casa del Padre arriba. ¡Qué preciosa esperanza! Aquí, tenemos **la venida de Cristo** como el *octavo punto* de nuestra serie.

Observamos antes que la esperanza de la venida del Señor fue mencionada por primera vez al remanente fiel en Tiatira, cuando no había esperanza de restauración para toda la iglesia. En la fría y muerta Sardis, que es un anuncio profético del protestantismo de forma, el Señor advertía que vendría sobre ellos como un ladrón. Aquí, en el mensaje a Filadelfia, hay un paso más sobre su venida. Por primera vez, Cristo dice que viene «pronto» [o: rápidamente]. Esto es un signo de cómo el tiempo de su paciencia está llegando a su fin. Su llegada está cerca.

Podemos preguntarnos cómo la promesa de la pronta venida del Señor puede reconciliarse con el retraso de más de 1900 años desde que dijo estas palabras a Filadelfia. Para el Señor, que no cuenta el tiempo como nosotros, siempre es «pronto», siempre cerca de sus afectos, y le gustaría que siempre fuera «pronto» para los afectos de sus santos. A los que preguntan: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?», las palabras del apóstol Pedro dan una respuesta divina: «Pero no olvidéis, amados, que ante el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, como algunos lo piensan; sino que es paciente con vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento» (2 Pe. 3:4, 8-9). «Porque dentro de muy poco tiempo, y el que ha de venir vendrá: no tardará» (Hebr. 10:37).

8 - La exhortación de Cristo a mantenerse firme

Ligada a la promesa de la próxima venida del Señor, hay la exhortación «Retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona». Podemos llamar a esto **la exhortación de Cristo**, y es el *noveno punto* de nuestra serie. En medio de los conflictos, las luchas y de la oposición de los adversarios, siempre existe el peligro de abandonar y de cansarse de la batalla por la verdad y el mantenimiento de lo que se debe al Señor. El Señor podía alabar a Filadelfia por guardar su Palabra, no negar su nombre y perseverar en la palabra del Señor, y les había dado mucha luz y comprensión de su persona y de su palabra. Todo esto debe mantenerse sin vacilar hasta el final, hasta su venida.

Sardis había perdido mucho de lo que había recibido en la época de la Reforma, y se le exhortó a recordar cómo había oído y recibido, y a guardar y arrepentirse. En el período de Filadelfia hubo el más completo redescubrimiento de toda la verdad de Dios. Creemos que las palabras del Señor a Filadelfia, de que viene pronto y que debían retener lo que tenían, indican que ninguna nueva verdad debía ser revelada o encontrada más allá de lo que el Espíritu de Dios tan plenamente sacó a la luz durante el período del que esta sexta asamblea habla proféticamente. No debemos buscar nuevas revelaciones y las llamadas “nuevas verdades” o “nueva luz”, sino ver si nos mantenemos firme lo que se ha revelado plenamente y actuar en consecuencia. En la búsqueda de algo “nuevo”, las almas generalmente terminan perdiendo lo que tenían. De ahí la importancia de retener lo que tenemos de Dios y de su Palabra.

El gran peligro para los filadelfios y para todos los creyentes es perder lo que hemos recibido. Sabemos que, en la vida natural también, una cosa es ganar algo y otra muy distinta es preservarlo y conservarlo. Es muy fácil perder lo que es precioso. En el ámbito espiritual, lo mismo es cierto. Una cosa es haber recibido bendiciones espirituales, luz en las escrituras y comprensión de las verdades de Dios. Lo importante es mantener firme la verdad día tras día, y tenerla como una verdad viva en nuestras almas y como un poder que gobierna nuestras vidas. Entonces no perderemos lo que tenemos, pero disfrutaremos más de ello. No solo debemos retener a Cristo como el Salvador y mantener la verdad del evangelio, sino que debemos sostener con tenacidad las verdades de la Asamblea de Cristo y mantener «todo el consejo de Dios» (Hec. 20:27).

El Señor nos advierte que debemos mantenernos firmes «para que nadie tome tu corona». Si no retenemos firme, perderemos nuestra corona. Otro escribió: “La «corona, es la distinción y la gloria que tienen los santos por el hecho de que aman a Cristo y sus pensamientos sobre la Asamblea. Hay un esfuerzo sin descanso para adueñarse, y es necesario retener firme”. De la pluma de W. Scott

leemos estas impresionantes palabras: “No es el *principio*, sino el *final* lo que determina si uno está en condiciones de llevar la corona. Un verdadero filadelfio es aquel que continúa la lucha hasta el final. Cuán necesarias son, pues, las palabras de advertencia a los unos y a los otros, a los dirigentes y a los que les siguen: «Retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona». Dejad que la verdad se vaya y perderéis la corona. ¡Qué irreparable pérdida!”

Notemos que la exhortación a retener lo que tenemos y la advertencia sobre el peligro de perder nuestra corona están ambas relacionadas con la promesa de la próxima

venida de Cristo. Solo en la medida en que esperamos su venida como algo presente que podemos mantenernos firmes y no perder nuestra corona. A este respecto, J.N. Darby escribió con razón: “Si el diablo pudiera quitarnos la esperanza de la venida del Señor como algo presente, esto nos quitaría nuestra esperanza y nuestra corona. Ni hombre ni diablo pueden quitarnos algo, si tenemos ese claro sentimiento de la fe que nos conecta con la venida del Señor como algo presente. Perder esto, es perder el poder espiritual; y todo lo que nos quita el poder espiritual en nuestra asociación con Cristo, nos quita la bendición presente y el camino a nuestra corona”.

9 - La recompensa de Cristo: Promesas al vencedor

«Al que venciere, haré que sea una columna en el templo de mi Dios, y no saldrá más de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo» (3:12).

En cada una de las cartas a las asambleas, hemos anotado promesas alentadoras para el vencedor. Dios siempre busca vencedores en cada período de la historia de la Asamblea. Busca a aquellos que superarán las diversas condiciones de desagrado o de maldad, y les ofrece preciosos estímulos. Aquí tenemos, en el mensaje a Filadelfia, **la recompensa de Cristo**, la *décima característica* de nuestra serie. Parece ser que el Señor ha dado a esta asamblea un muy hermoso conjunto de promesas, tal vez la más grande de todas las dadas a las siete asambleas. ¿Por qué? Porque creo que Filadelfia es la que más tiene que combatir. Las revelaciones más completas fueron dadas en este período, las verdades sobre el Señor mismo, su nombre, la palabra de su paciencia, la esperanza de su venida, etc.

Por eso se promete el mayor aliento y la mayor recompensa futura a aquellos que se retienen firme lo que han recibido y son victoriosos.

Pero se podría decir que cada asamblea tenía cosas que el Señor condenaba, contra las cuales el vencedor tenía que luchar y vencer, y que en la asamblea en Filadelfia no había nada que el Señor reprendiera o por lo cual los reprendiera. ¿Qué hay entonces que superar para el vencedor en esa iglesia o tiempo? Lo que el verdadero filadelfio siempre debe superar, es la gran tendencia a abandonar la verdad y por lo tanto perder lo que tenemos, como señalamos en nuestra última meditación. Cualquier descuido en la ardiente devoción a Cristo o en la lealtad a su nombre y a su Palabra

debe ser superado si se quiere ser un vencedor de Filadelfia.

El autor de la Epístola a los Hebreos, escribió: «es necesario dar mayor atención a las cosas que hemos oído, no sea que nos vayamos a la deriva» (Hebr. 2:1) o «nos escabullamos» según una traducción más correcta. Dejar que algo se escurra lejos, o resbalar lejos de algo, es un proceso lento y gradual, a menudo desapercibido. Debemos superar todas estas tendencias a deslizarnos del poder de la verdad de Dios en nuestras almas y vidas, y no dejar que las preciosas verdades de la Persona de Cristo y de la Palabra y de la luminosa esperanza de su próxima venida se deslicen de nosotros. La luz de Filadelfia sin el poder del Espíritu Santo pronto conducirá a una condición laodicense de tibieza e indiferencia, lo cual es muy grave.

A medida que aumenta la ruina de la iglesia profesada, se debe hacer un mayor esfuerzo para permanecer fiel al Señor y a los preceptos divinos. En consecuencia, se ofrecen al vencedor de Filadelfia grandes e inigualables promesas de recompensa, de tal naturaleza que tocan los más profundos recovecos del alma y estimulan una renovada devoción a Cristo.

«Al que venciere, haré que sea una columna en el templo de mi Dios». Una columna sugiere fuerza, apoyo y firmeza; y estar en el templo de Dios habla del santuario donde la mente de Dios es conocida y donde hay adoración. El vencedor se distinguirá, por lo tanto, ante todo el ejército de los redimidos como aquel que se erigió como un pilar para Dios aquí en la tierra, como aquel que se mantuvo firme y dio apoyo a toda la verdad de Cristo, de su Persona y de su Palabra, sosteniéndola ante los hombres, –como aquel que conocía la mente de Dios en el santuario y era un adorador. Se caracterizaba por su debilidad en la tierra, tenía poca fuerza, era despreciado por el mundo religioso, pero encontraba su fuerza en Dios; y será establecido como un pilar en el santuario eterno de Dios. En el templo de Salomón, había dos grandes pilares de bronce erigidos en el porche. Uno se llamaba «Jaquin», que significa «establecerá», y el otro «Boaz», que significa «en él está la fuerza» (1 Reyes 7:21). No hay duda de que hay una alusión a estas columnas en esta promesa, pero también hay un contraste, ya que estas columnas fueron retiradas cuando el templo fue destruido, mientras que aquí la promesa al vencedor es «no saldrá más de allí». Esta es una posición fija y eterna.

La Asamblea debería ser la «columna y cimiento de la verdad» de Cristo y de Dios en el mundo (1 Tim. 3:15-16). Nuestro Señor busca columnas [1] que serán firmes, fuertes, inquebrantables y que sostendrán la verdad de lo que es el verdadero cristianismo y la verdadera Iglesia. Pero parece que algunos cristianos buscan una al-

mohada [1] para estar cómodos y a gusto en su estado de somnolencia. Otros pueden necesitar una píldora [1] porque están espiritualmente enfermos. Que podamos ser verdaderos vencedores, verdaderas columnas [1] para Cristo, que manifiesten la verdad de Dios al mundo de una manera viva.

[1] Nota: El autor hace un juego de palabras con las palabras inglesas columna (pillar), almohada (pillow) y píldora (pill).

«Escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo». Todo esto indica una aprobación especial y una asociación muy íntima con Cristo. La palabra «**mi**» se encuentra cinco veces en este versículo 12, mostrando cómo nuestro Señor ama atarnos a él en estas recompensas. El vencedor será hecho un pilar en «el templo de **mi** Dios», y Cristo escribirá sobre él «el nombre de **mi** Dios» y también el «nombre de la ciudad de **mi** Dios», que desciende del cielo «de **mi** Dios». También promete escribir en él «**mi** nombre nuevo». También notamos que el término «mi Dios» es pronunciado tres veces aquí por el Señor. Él, por supuesto, conocía a su Dios de la manera más íntima, y llevará con él al vencedor a esta comunión íntima.

- «El nombre de mi Dios» es la expresión de todo lo que Dios es como revelado en el Hijo y que se nos da a conocer en su Palabra. Es la primera línea de la inscripción divina, y es primaria y fundamental.
- La segunda línea de la inscripción, por así decirlo, es «el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén». Esto se refiere a la Asamblea, donde la gloria de Dios se manifiesta en la Iglesia en su estado glorificado, la nueva Jerusalén. Esta es la ciudad celestial que la fe aún espera. Esta ciudadanía celestial será inscrita públicamente en el vencedor. La gloria de la ciudad de Dios se verá sobre él claramente. Todo esto contrasta con la corrupta ciudad religiosa del hombre, «Babilonia la grande» (Apoc. 18:2), que está marcada por la gloria del hombre.
- La tercera línea de la inscripción es el «nombre nuevo» de Cristo. No es el antiguo nombre de Mesías, conocido por los profetas y por los judíos según la carne, sino su maravilloso «nombre nuevo» tomado en la muerte, la resurrección y la gloria celestial, en relación con lo que es totalmente nuevo y eterno, la nueva Jerusalén, la nueva creación, los nuevos cielos y una tierra nueva (2 Pe. 3:13). El precioso nombre de Jesús está ligado a todo esto y a este nombre cada rodilla debe doblarse en el

universo. El vencedor tendrá su nuevo nombre escrito en él para que se pueda leer en él de forma distintiva.

Toda esta preciosa inscripción sobre el vencedor, con su promesa, indica de forma distintiva la aprobación y el aprecio que el Señor siente en su corazón por un discípulo fiel. Denota una identificación cercana, ya que cuando escribimos nuestro nombre en algo, indica que lo aprobamos y que no nos avergonzamos de identificarnos con esa cosa o persona en particular. El Señor dice, por así decirlo: “Pondré sobre el fiel vencedor todo lo que es precioso para mi corazón, pondré bien delante, de manera muy visible, al que ha sido empujado hacia atrás aquí en la tierra y despreciado por los hombres por su obediencia hacia mí”. Qué maravilloso estímulo, en efecto, que debería estimularnos en nuestra devoción a Cristo, y empujarnos a ser fieles de corazón y a practicar cada detalle de la verdad que hemos aprendido, para que seamos inquebrantables en este día de resbalones, de apostasía y de derechos humanos que exigen un camino más ancho; que esto también nos mueva a buscar la aprobación del Señor, y no los pensamientos y aplausos del hombre.

10 - El llamado a escuchar

«El que tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias» (3:13). Este llamado concluye el tierno mensaje del Señor a Filadelfia. Como en todas las comunicaciones a las asambleas anteriores, el llamado se hace al individuo que tiene un oído ejercitado para escuchar y prestar atención a lo que el Espíritu tiene que decir a las asambleas. Que nuestros oídos y corazones puedan estar dispuestos a escuchar el conmovedor mensaje que nos llama al verdadero carácter de Filadelfia, con rasgos morales que agradan al Señor y alegran su corazón.

El período de la historia de la iglesia que Filadelfia representa ha pasado y se ha ido para siempre. Pero el espíritu de Filadelfia continúa de existir a pesar de su debilidad. Ya ha pasado el tiempo en que hubo un amplio, bien marcado y manifiesto movimiento del Espíritu de Dios en el cristianismo, caracterizado por los rasgos de la asamblea en Filadelfia, y en que las compañías del pueblo del Señor eran manifestadas como tales, y prácticamente en todo el mundo, unidas en los lazos del amor fraternal y de la devoción a Cristo. Esos días se han ido y *el período de Laodicea*, que examinaremos en nuestros próximos estudios, está aquí.

Pero, como el Señor exhortaba a Filadelfia a mantener firme lo que tenían hasta que

él venga (3:11), creemos que es por lo tanto apropiado que un testimonio residual de Filadelfia de verdaderos vencedores continuará hasta la venida del Señor. El Señor conoce a cada uno de los que son verdaderamente filadelfios de corazón y vida, que siguen luchando, manteniendo lo que tienen y son vencedores. No es una mera posición eclesiástica la que hará a tal vencedor; es una posición moral y un estado de ánimo agradable al Señor. Que cada creyente hoy atienda a la llamada del Espíritu para escuchar lo que tiene que decirnos, y se esfuerce por ser un verdadero vencedor filadelfio.

Terminamos nuestras meditaciones sobre Filadelfia con la siguiente cita de W. Kelly: “No creo que el espíritu de Filadelfia haya desaparecido; creo que Laodicea vino, pero que Filadelfia no ha desaparecido, y nunca desaparecerá hasta que el Señor Jesús venga; y que lo que ha establecido como testimonio, por la revelación de su persona, nunca será destruido. No creo que Filadelfia desaparezca, sino que las almas que carecen del apego a Cristo que allí se revela se irán, y que la gracia hará que otras ocupen su lugar más dignamente... Si los que tienen la mente en las cosas del mundo se deslizan en Laodicea, Dios también está trabajando para sacarlos, para venir a Filadelfia, que es justo lo que deben hacer los que se deciden más simplemente por Cristo”.